

¿Humo?

María Larralde

dedicado a Charles Darwin



EL hombre pasó a los anales de la extinción como corresponde, tarde o temprano, a toda especie sobre la tierra...

Del más antiguo lugar, para los hombres, que tienden a clasificarlo todo —pues sin esa manera de entender la realidad y su mundo se pierden en la locura del caos que reina en la Naturaleza—, de allí procedemos. Grandes montañas y espectaculares valles profundos nos vieron nacer, impasibles, pues para ellos no importa que ningún ser viva o muera: para las grandes edades geológicas la vida es algo inexistente desde el momento de su concepción o quizá sea, como mucho, una molestia como la lluvia o las tormentas de arena, nada más.

Lagos eternos de aguas profundas, oscuras y enterradas, recorrimos hasta llegar a nuestro destino. Pero siempre estuvimos ahí, quizá de otra forma, pero estuvimos ahí.

¿Qué puede esperarse de un gran ecosistema que toma un rumbo distinto al tronco común de la vida en la tierra?

Nadie puede prever el resultado porque nada está dispuesto de antemano respecto de los vivientes, de su existencia y de su modo de supervivencia.

Ésta es nuestra historia. Humo somos, fuimos, para los
hombres.

Día 1.



— ¡Ven, David, es increíble! — María miraba a través de la ventana del “Old Faithful Inn” hacia un horizonte repleto de bosques de abetos que, en ésta época del año, se presentaban con sus galas verdes ante la atónita mirada de la mujer.

—Lo sé... es maravilloso—contestó él, rodeándola con sus manos alrededor de la cintura, desde atrás, acariciando su vientre desnudo y recorriendo con su índice el ombligo de María con suavidad.

—Van a ser las mejores vacaciones de nuestra vida David ¡Esto es maravilloso, increíble! Qué lugar más bonito.

—Eso quiero María, te amo.

Y ambos se quedaron un largo rato mirando aquel horizonte sin límites, el más hermoso horizonte que sus ojos jamás habían contemplado, desde el lujoso hotel del Parque de Yellowstone.

No hacía demasiado calor y deseaban recorrer aquel lugar por su cuenta. Desayunaron en la cafetería del hotel un desayuno continental. Ambos se morían de ganas por salir a explorar las maravillas naturales del parque. Una semana, tenían una semana. No podían permitirse más. Ella, una chica vulgar de Albuquerque, cajera de supermercado desde los catorce años. Él era un latino. Hijo de inmigrantes Mejicanos cuyo negocio familiar era un simple pero productivo lavadero de coches. Habían podido ahorrar lo suficiente como para viajar hasta Yellowstone y pasar una semana de ensueño. No era un viaje de novios, pero lo parecía. Ambos rozaban la treintena y sí, su proyecto de vida era casarse y tener hijos, los que vinieran, pues se amaban profundamente y en sus aparentes vidas miserables eran, ambos, felices.

Salieron con un coche todoterreno alquilado a recorrer la zona. Pronto perdieron de vista el hotel. Los caminos, aunque sin asfaltar, estaban cuidados y preparados mediante señalizaciones claras de los lugares más importantes a visitar. Podrían haber ido con excursiones programadas pero querían vivir una aventura, quizá la única aventura que iban a experimentar en su vida, y querían pasarlo realmente bien.

Tras una hora recorriendo bellos parajes plenos de árboles se acercaron a la caldera volcánica y se adentraron por cuenta y riesgo propios hasta la zona donde nos encontrábamos...una zona prohibida para los

turistas y fehacientemente señalizada al efecto, pero María y David, saltaron la verja. Nosotros andábamos esperando, sin realmente saber que esperábamos esta oportunidad.

Los turistas, incautos y desprevenidos, se acercaron hacia las aguas humeantes para ver mejor aquellos árboles muertos. Salíamos en tropel suspendidos en el humo caliente que, desde el subsuelo, desde la capa interior del planeta nos incubó durante millones de años. Sin querer, levemente, María rozó el agua con sus pies enfundados en botas de tracking impermeabilizadas, pero allí, unos cuantos millones de nosotros quedamos a la espera de mejor destino. Otros nos adentramos velozmente por las pituitarias nasales de ambos y por la mucosa bucal, en sus respiraciones profundas. La humedad cálida del lugar hacía, para ellos, que el ambiente fuera algo pesado. Las tierras rojizas saturadas de minerales y de piedras volcánicas asemejaban el lugar a lo que los hombres tienen en mente cuando piensan en Marte. Los árboles calcinados por el calor y el vapor sulfúrico, aparecían como los mástiles chamuscados de un velero hundido en aguas de fuego y lava.



—David, me siento algo mareada.

Ambos se desvanecieron. David no pudo hacer nada por la bella y simpática María, ni por él mismo.

Día 2.

Nadie se percató de su desaparición hasta el día siguiente cuando la pareja no bajó a desayunar y tampoco fue vista ni grabada por las cámaras de seguridad del hotel, regresar de su excursión. Jenny, la camarera de habitaciones, estaba siempre pendiente de que sus clientes estuvieran satisfechos e incluso se percataba de las entradas y salidas de los mismos, era casi un guardia de seguridad. Ella encontró sus camas hechas, nadie había pernoctado allí. Dio la voz de alarma a la central de seguridad del hotel y éste a la central de seguridad del parque.

Unas horas de búsqueda, solamente unas horas. Los GPS de sus móviles localizaron rápidamente el lugar donde se encontraban los cuerpos. Habían pasado la noche a la intemperie, estaban inconscientes pero no muertos. Ambos tenían las fosas nasales y la boca hinchadas, supuraban por ambos orificios una gelatina viscosa y blanquecina, parecida al pus de nauseabundo hedor. Sus ojos estaban cubiertos de un velo blanco que impedía ver sus pupilas aunque sus estaban abiertos. Respiraban con terrible dificultad.

Los servicios médicos les prestaron ayuda de urgencia, primeros auxilios, soporte vital básico para evitar lo que parecía una muerte segura y los trasladaron al Hospital. Pero nadie sabía qué era lo que les ocurría, los médicos

no conocían aquellos síntomas. A pesar de que en las analíticas se veía claramente que sufrían de alguna infección vírica, el virus era desconocido. A las pocas horas ambos comenzaron a despertar de su estado de inconsciencia. Estaban ciegos. Y seguían supurando por boca y nariz aquella pus repugnante. Sufrían dolores por todo el cuerpo, la fiebre al segundo día pasaba de 40 grados. Se mostraban irritables, agresivos, no volvieron a tomar conciencia personal. Parecían estar bajo las órdenes del tronco de encéfalo o cerebro reptiliano. Echaban mordiscos al aire. No, no era la rabia. Les sedaron para evitar los dolores pues no remitían ni siquiera con opiáceos. Los gemidos y gritos de dolor eran continuos en ambos. Sus familias no llegaron a tiempo.

Pero lo peor para los hombres fue que en pocas horas nos pudimos transportar por el aire y, por contacto directo, a todos los que estuvieron cerca de los cuerpos. En una semana la epidemia era estatal, en dos continental, en un mes pandemia. María y David murieron al tercer día. Sus cuerpos se disolvieron desde el interior, todos los órganos y tejidos se licuaron en unos días. No se pudieron si quiera enterrar.



Un mes después:

Todo está vacío, los turistas ya no pasean por el parque de Yellowstone.



Muriel, escondida en un recóndito lugar de la tierra, selvático y cálido, al sur, muy al sur de donde todo comenzó, es inmune a nuestra infección. Se ha escondido en su casa, una chabola cerca del río, del Amazonas. Todos sus conocidos, familiares y parientes, han ido desapareciendo, se han disuelto en la tierra, en sus camastros, en el río. La enfermedad asola a ciertos animales cercanos al hombre. Pero los peces y demás animales, son inmunes.

Muriel caza y pesca, sobrevive día a día, sola. Tiene 12 años. Podrá mantenerse con vida. La niña llora por su cruel destino. Ahora está sola, sola ante el olvido, sola ante la inmensidad de un mundo que ya no existe. Completamente sola ante Dios. Y Muriel llora pero ya no tiene nadie que le consuele. Tras unos meses casi sin

comer, por la pena, Muriel decide marchar de aquel inhóspito lugar, y recorre a pie kilómetros y kilómetros buscando a algún congénere. Piensa en suicidarse pero no sabe cómo, quizá más adelante, quizá haya alguien perdido como ella. Se cae por un terraplén, ya al sur de la frontera que en otro tiempo implicaba el paso a otro país. Muriel se rompe un brazo. Ahora ya no caza. Ahora saquea supermercados. Su brazo suelda mal, el cúbito está astillado, casi completamente pulverizado por la parte distal, la cercana a la muñeca. La mano le queda colgando. Le dolerá toda su vida. Un día se sintió tan cansada de seguir, ¡tan cansada! Tras meses y meses y meses, se cumplió el año desde el Apocalipsis. Ya no llora, ya no piensa en nada. Solo vive y anda. Come poco, sus fuerzas se acaban pero ella cree que debe seguir caminando, debe vivir.

Pero a pesar de ello, nadie más hay en la tierra. Está sola. ¿Morirá de vieja, de otra enfermedad, por algún inesperado accidente o devorada por una fiera?

La especie humana se ha extinguido. Todo cuanto es considerado conocimiento, quedará en el olvido de la Naturaleza. Muriel no tiene futuro y sin embargo decide vivir. Su ignorancia la mantiene viva.

Desolador, ¿no?

Así es hombres, así es.

